

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Correspondientes, 25 números, 1,50 pesetas.

## HUMBERTO

Si no estuviera tan desacreditado el oficio de profeta, hace años que podía haberse anunciado, sin miedo a equivocación, el asesinato del rey de Italia.

El crimen político es italiano. En otros siglos existió en todas las naciones, pero el enfriamiento de la pasión y de la tolerancia que trae la cultura, lo han hecho desaparecer de muchos pueblos, sobreviviendo únicamente en Italia, como si aun estuviéramos en aquellos tiempos de la Florencia medieval, donde se gobernaba a puñaladas y la primera función de los gobernantes era rodearse de esbirros que vivieran junto a ellos como la sombra y a una al cuerpo, no abandonándoles ni un en la cama.

En pocos años Caserio asesina al presidente Carnot, Angiolillo a Cánovas, Lucheni a la emperatriz de Austria. Todos son italianos: matan con la más asombrosa sangre fría, sin errar el golpe. ¿Iba a ser en Italia el asesinato político un artículo puramente de exportación? En un país que produce hombres capaces de atravesar media Europa para ir a dar muerte al ser odiado, sólo conocido por los relatos de los periódicos, ¿iba a librarse de este peligro el soberano más próximo y en contacto con tan peligrosos exaltados?

Por esto resultaba lógico prever que un día u otro la mano italiana que rescató al crimen político en diversos estados europeos, se revolvería dentro de su casa, matando al enemigo más cercano. El rey Humberto acaba de ser asesinado por un súbdito suyo. Era de esperar, y más aún teniendo en cuenta las agitaciones y represalias de Italia.

Como España es un país ignorante que se nutre de frases hechas y de afirmaciones que adquirió hace treinta años, sin cuidarse de ratificarlas por sí el tiempo y los sucesos las han modificado, pasa aquí como cosa corriente é indiscutible que los monarcas de la casa de Saboya son adorados por todos los italianos y que no hay reyes en el mundo tan populares y queridos.

Esto fue verdad en otro tiempo; hace ya algunos años que es mentira. Coronados por la revolución, y en continuo antagonismo con el Papado, los reyes de la casa de Saboya tenían la popularidad del éxito, gozaban del prestigio de la Unidad Italiana realizada. Victor Manuel era el Padre de la Patria, y la nación adoraba como un fólolo bendito a aquella especie de cocinero con grandes mostachos, simpático y vividor, que tomó la vida por su parte más alegre, y no haciendo nada notable, obtuvo prestigios de héroe, sin más trabajo que haber nacido en la misma época que Cavour, Garibaldi, Cialdini, etc.

Gran parte del prestigio del padre lo heredó Humberto al ocupar el trono. Uno y otro no eran más que soldados vulgares, valerosos, pero de cortos alcances, incapaces de hacer nada por sí solos y obligados a vivir en tutela perpetua, dirigidos por un hombre superior. Victor Manuel tuvo a Cavour, a Rattazzi y a otros hombres notabilísimos, y fué grande. Humberto sólo ha contado con el fatal Crispi, y por el camino del descrédito ha llegado hasta perder a manos de un italiano.

Cuando subió al trono, la generación que había luchado por la unidad italiana le adoraba. Los patriotas no podían olvidar al Humberto de 18 años, que con su regimiento formaba el cuadro y se defendía como un león contra los enemigos de Italia en la batalla de San Martino.

Pero todo pasa. En la nueva generación que ha encontrado ya hecha la unidad, estos recuerdos gloriosos causan poca mella. Además, los Saboyas son unos reyes como los demás. Mientras vivieron en los campamentos persiguiendo un ideal de ambición, un ensueño de gloria, fueron simples soldados; al vivir en palacios después del triunfo, se convirtieron en monarcas iguales a los otros.

Bajo la sugestión del exrepblicano Crispi (su fatal Medusa) Humberto esterilizó la obra de la unidad, colocando a Italia en una situación económica peor mil veces que cuando vivía en el fracamiento.

Para darse importancia ante Europa y tratar de tó a los emperadores de Alemania y Austria sosteniendo el compadrazgo de la Triple Alianza, creó una escuadra y sostuvo un ejército innecesarios que devoraban y devoraban a la riqueza del país. Los tributos cada vez más altos; los recaudadores obligados a cobrar a tiros los impuestos; muchedumbres famélicas sublevándose todos los años en los campos para acabar fusiladas sin misericordia; un feudalismo industrial en la Italia del Norte y una aristocracia rural en el Sur que hacen revivir los abusos medievales... y Humberto tan tranquilo, dedicándose a sus placeres con la misma sencillez democrática que aquí mostraba su hermano Amadeo, creyendo que Crispi era el primer estadista del mundo é Italia la nación más feliz de la tierra.

Particularmente era Humberto un hombre apreciable y simpático, lo que hace llorar su muerte; leal, valeroso, de recta conciencia y dulces sentimientos; pero bajo los enroscados cabellos de su cráneo no había nada, y como en cierta ocasión me decía paseando por las calles de Turín el eminente Edmundo de Amicis: «Humberto sólo se distinguía como el primer bigote de Italia».

Para imitar a Alemania y dar empleo a sus innecesarios armamentos, quiso tener colonias, y aconsejado por Crispi se metió en la loca aventura de Abisinia, donde ni agua había para los soldados y donde su ejército sufrió las más vergonzosas derrotas... Arruinar el país para alcanzar tales deshonras! Fué aquel desastre semejante al nuestro en las colonias, sólo que el pueblo italiano tiene más agallas que nosotros; va derecho al centro del mal y no se para en clamar contra los ministros.

Desde entonces ya no hubo paz. Se acabó la popularidad de los Saboyas: las ciudades industriales como Milán dieron muerte a Humberto.

Se preparaba una revolución. Todos los descontentos de Italia se aglomeraban y confundían para combatir a la dinastía. Por un lado la pro-

paganda clerical que no puede olvidar la toma de Roma; por otro el socialismo que encuentra miles y miles de fervorosos soldados en un país donde la mayor parte de las fábricas dan como jornal a los obreros treinta céntimos y una caldera de rancho; el descontento de las capitales de los pequeños estados, que hoy se ven arruinadas y agonizantes por culpa de una unidad que para nada ha servido, y el odio y la rabia de los habitantes de los campos que viven como sucio rebaño, durmiendo como bestias, alimentándose de hortalizas mientras sus amos los aristócratas de Roma, agrupados en torno de la dinastía saboyana, imitan el fausto de los elegantes de París y Londres, inventando extravagancias que Gabriel d'Annunzio relata en sus novelas con fidelidad de testigo.

El movimiento contra la casa de Saboya estalló en Milán hace dos años. Fué una revolución grandiosa y desesperada. Preocupados por nuestras desgracias en las Antillas y Filipinas, pocos en España fijaron la atención en los sucesos de Milán. Durante tres días más de 30.000 obreros se batieron en las barricadas al grito de viva la República social! con tal arrojo, que las tropas fueron rechazadas y hubo que vencerles a canonazos. Después del triunfo, Humberto fué inexorable.

Los consejos de guerra funcionaron durante un mes. Se mató, se martirizó; á miles fueron deportados los hombres a las islas de Lipari para trabajar en las minas de azule, donde muere en pocos años el ser más robusto y fuerte; hasta los diputados y los periodistas fueron enviados á presidio sin más delito que sus opiniones.

Hacen mal los gobernantes cuando entregados al sangriento vértigo de la represión convierten la justicia en venganza. A los aullidos de dolor de los presos martirizados en Montjuich, contestó al poco tiempo el pistoletazo de Santa Agueda. El resultado de las venganzas de Milán ha sido esos tiros de revólver de Angel Bessi en Monza, la ciudad real que guarda la antigua diadema de hierro de Lombardia.

La corona de Italia pasa al príncipe de Nápoles, el hijo único de Humberto, último vástago, anémico, triste y débil, de una familia que ha vivido mucho y ha gozado más aún.

Ese joven ni tiene el prestigio de su abuelo ni la fortaleza militar de su padre. Es un enfermo con corona, como otros que también reinan.

La ciencia dice que no puede tener hijos y que no llegará á viejo... Y aunque viviera mucho, ¿qué? No está el peligro en los resortes de su cuerpo, sino en el organismo nacional que se revuelve contra el régimen monárquico. Italia se siente enferma como toda nación latina y busca renovación.

El asesinato, aunque sea político, siempre es asesinato, y como inspira repugnancia no transforma instantáneamente la faz de una nación.

¿Pero quién puede asegurar que los tiros de Monza no han acelerado en algunos años el término de la monarquía de los Saboyas, nacida de una revolución á la que engañó y destinada á pagar su deuda?

BLASCO IBÁÑEZ

## NOTICIA TRISTE

«Acabo de extender un certificado de defunción, dice un médico muy notable á *El Liberal*, en que he tenido que hacer constar, como en otros anteriores, la verdadera causa de la muerte de un niño.

Ha fallecido la pobre criatura, que apenas contaba un año de edad, víctima del raquitismo, originado por la alimentación insuficiente.

Si se tratara de un caso aislado, aunque tal infortunio me doliese en lo más íntimo del corazón, nada diría; pero esos casos se repiten de algún tiempo acá con aterradora frecuencia.

Y aún hay algo más espantoso. He notado que las mismas madres, en el exceso de desesperación por no poder alimentar á sus hijos, casi se alegran de que la muerte los libre de tan continuas torturas.

No sé si es terror ó indignación lo que me produce el considerar que semejantes cosas sean posibles y frecuentes en una nación civilizada.

Es seguro que, mientras puedan darse noticias de esa clase, no faltarán fanáticos que lleguen hasta el asesinato á pretexto de humanidad.

## Niños y Mujeres

### AMAS SECAS

A las cuatro de la tarde de un mediodos de Agosto, apareció en mi consulta una mujer con una criatura en brazos.

Rota, fatigada y empolvada, retrataba la miseria y expresaba cansancio. El olor que despedía me permitió decirle: —¿Cómo da usted el pecho al niño?

—Lo crío con el izquierdo.

—Descúbrase el derecho.

Así lo hizo, mostrando un cáncer ulcerado.

—¿Por qué no se le ha operado?

—Me dijeron en el hospital que no tenía remedio.

—¿Dónde vive usted?

—En la calle. He venido andando nueve leguas con mi niño en brazos. Hace seis meses que quedé viuda.

—No dispongo de hospital. ¿Tiene usted algún conocido que la recoja en la casa?

—No tengo á nadie á quien volver la cara.

—Busque usted una casa de huéspedes. No faltará quien por caridad la pague el gasto. Diga que yo respondo.

Avísame donde se aloja hoy mismo, para

mañana hacer la operación. Encontrado alojamiento, vaya usted á verme un baño.

Al recogerme me dijeron: «La enferma del zaré...» en la posada de la Cruz.

Al otro día mi fiel practicante, don Antonio Castillo, me esperaba en el patio del mesón.

—¿Qué ocurre?

—Que no es posible hacer nada. A esta pobre mujer le han arrendado esa habitación, pero sin darle ni una silla.

—Mujer, ¿cómo es?

—El posadero dice que no puede dar más.

—¿Por qué no busca otra posada?

—Anduve toda la tarde y noche. En ninguna parte me quisieron admitir.

—Castillo, llame usted al posadero. Vino y entramos en cuestión, por la que deduje que una parte de la conducta era por miedo á que fuese un muerto de la casa, otra á falta de solvencia.

Pude tranquilizarle en esos extremos, pero quedaba otra más difícil. La posada aquella sólo sumía en paja y pesebre para las caballerías, y el duro suelo á los humanos. Por el patio circulaba algún arriero. Tres soldados presenciaban atentos la disputa.

—Ya lo ve usted, ¿no es mujer. Nada puede hacerse. ¿Castillo, busque usted una casa de huéspedes donde se pueda hacer la operación.

En esto, adelantándose un soldado, dijo:

—¿Qué hace falta?

—Todo —le contesté.— Habitación limpia, que no sea como esa, una zahurda. Cama, mesa, sillas, jofainas, jarros, agua limpia, cubos, abanicos, toallas...

—¿Nada más?

—Y camisa limpia.

—¿Sirve de hombre?

—Podrá servir. Con eso basta por el momento.

—Nosotros lo traeremos—contestaron los soldados, cuyos trajes declaraban ser de caballería, estar de partida y alojados en la posada.

Mucho esperé siempre de la fe y de la buena voluntad, pero en aquella ocasión superé el día.

En menos que se dice, un soldado penetró en la habitación con escoba, cubo y aljofía. Otro salió á la calle volviendo con una cama de lencos y tablas, el otro con un colchón, y antes que saliera de mi sorpresa, todo estaba limpio, listo y arreglado.

Ni en casas de gentes bien halladas, ni en las de salud agitada por beatas, he visto asistencia con mayor esmero, delicadeza y amor. Ellos hacían los caldos y alimentaban á la enferma. Velaban de noche y turnaban de guardia por el día.

El cuadro de aque los *Juan Soldados*, con el mamón en brazos para que la madre descansase, no lo olvido jamás. Ni sus afanes para hacerle y darle la papilla, ni aquel efuvio de sencilla caridad que humedecían mis ojos, y los vuelven á humedecer siempre que lo recuerdo.

FEDERICO RUBIO

## ¿Un día? Tres meses

Por más que algunos republicanos afirman lo contrario, Romero Robledo será siempre enemigo nuestro.

En su tan alabado discurso probó hasta qué punto está resuelto á velar por la monarquía, al parodiarse la frase de Prim: «Encerrad las tropas en los cuarteles durante 24 horas, y veremos con quién está la opinión».

Esa frase, ¿contra quién iba? Contra nosotros exclusivamente. Tratada de que se nos diera pretexto para patentizar nuestra impotencia, sabiendo, como sabe todo el mundo, que en 24 horas nada haríamos, y que no hacer nada en circunstancias tan favorables, equivaldría á nuestra anulación completa.

En 24 horas apenas si tendríamos tiempo para correr á tomar órdenes de los señores jefes, sin cuya voluntad no se mueve el pelo más revoltoso de un republicano. Y dado que á ellos no se les ocurrieran en el acto 50 argumentos filosóficos en favor del orden, nos dirían que, con arreglo á los más elementales cánones de la democracia, tenían que consultar á Directorios, Consejos y Juntas, organismos que á su vez se dirigirían á los comités provinciales, como éstos luego á los municipales; y que, después de todos estos trámites indispensables, acordarían si era procedente apelar á la fuerza para derribar la monarquía, pues no debemos olvidar que es deleznable todo lo que la fuerza levanta, y sólo eterno lo que la idea construye.

Pero aun arreglado todo favorablemente, por no surgir ninguna cuestión previa acer-

ca de lo que deberíamos hacer después del triunfo, ó de si la luz fué creada ó increada, á cualquiera se le alcanza que es mezquino ese plazo de las 24 horas. Hemos estado 26 años sin hacer nada, y se pretende que en un día lo hagamos todo! Eso es tener muy mala intención, además de no conocernos.

Span, pues, Romero y el gobierno que rechazamos desde luego ese plazo. Y no esperen, no, que nos movamos, si no se nos concede uno decente: el de tres meses, como mínimo. ¿Lo leen bien? Mejor será ponerlo en versales para que se fijen más: ¡TRES MESES!

Estamos perfectamente organizados, eso sí, gracias á los desvelos y sacrificios de nuestros ilustres jefes; sólo necesitamos enterarnos de cuántos somos, y con qué medios contamos, reunir fondos, comprar fusiles y municiones, distribuirlos convenientemente, buscar ayuda, encontrarla, discurrir día, fijarlo, etc. Fuera de esos detalles insignificantes, todo lo tenemos ya previsto. Ni Molke antes de la campaña con Francia estuvo mejor preparado.

Por todas estas poderosas razones, necesitamos los tres meses pedidos. Nunca están de más las precauciones, y menos tratándose de enemigos encerrados en los cuarteles.

Pasado ese tiempo, (si pudiera concedérsenos un mes de propina, mejor que mejor), con seguridad (salvo error de pluma ó suma), nos encontraríamos quizás dispuestos á echarnos heroicamente á la calle cantando *La Marsellesa*, interrumpiéndola cada cinco minutos para dar entusiastas vivas á Pi, Salmerón, Bquerdo, etc. etc., por la habilidad, la constancia y la abnegación con que habían preparado, en el breve espacio de 26 años, tan formidable organización revolucionaria.

Por estar persuadido de todo esto, me aterró ante la idea de que el gobierno accediese á la maquiavélica proposición de Romero. ¿Cómo íbamos á quedar ¡jefe santo! si la aceptaba? Peor que Peluquín. Afortunadamente, no la tomó en cuenta.

Mas pasado el peligro, bueno será dejar consignado lo que pensamos, para que nadie nos incite ni nos solicite en adelante sino en forma debida y con las garantías indispensables.

El día que se decidían á encerrar las tropas en los cuarteles para provocarnos, ¿ó tres meses, ó nada! Los favores, ó completos, ó no hacerlos. ¿Se enteran el mal intencionado Romero y el gobierno? De lo contrario, de escatimárenos siquiera cinco minutos del trimestre, que no se cuente con nosotros para derribar la monarquía.

Eso quisieran los restauradores: que cayéramos en una trampa tan burda, para reírse después de nosotros.

¿Si creyeran que somos tan tontos, que íbamos á desacreditar en 24 horas la poderosa organización revolucionaria que nuestros amados jefes han conseguido darnos?

No digo 26 años en la oposición, 500 estaríamos tan á gusto, antes que comprometer en una calaverada de esa índole nuestra vida, esta vida que la mayoría de nosotros consagra á oír misa, confesar, comulgar, llevar escapularios en las procesiones y demás santas prácticas propias de gentes liberales, democráticas y revolucionarias.

Tiéndonos otro lazo con más habilidad, pues ya ven qué en este no hemos caído.

JOSE NARENS

La Congregación de las pobrecitas Madres Reparadoras ha adquirido en *sesenta y cinco mil duros*, la hermosa casa que en la calle Alfonso XII posee en Sevilla D. H. C., y se dice que es muy posible que ingrese en la orden una hija del vendedor de la finca.

Aquí se ve claramente que el Señor vela por los que á su santo servicio se consagran.

Que se reúnan, no digo diez ó doce obreros de cualquier ramo de la industria, doscientos ó trescientos, y á ver si ahorran en dos ó tres años una cantidad semejante.

Y que haya gentes que condenen la vida contemplativa y holgazana! No hay nada que produzca más que el no hacer nada.

## Faltan hombres

«Por rutina ó por pasión se blasfema contra nuestros actuales gobernantes; pero el día que desaparezcán las dos docenas de hombres de mérito que hoy influyen, tememos que sean reemplazados por gente infinitamente inferior».

El maestro Ferreras, cuyo es el párrafo transcrito, se muestra en él á la par más optimista que Pangloss y más pesimista que Hartmann. Porque ¿quién si se necesita benevolencia para darse á entender que exista hoy en la política española hasta un par de docenas de hombres de valía? ¿Y cuidado si hay que desconfiar del porvenir para imaginarse que los futuros reemplazantes puedan llegar á ser más ineptos y funestos que los Sagastas y Silvelas!

Más que nuestros desastres é infortunios, apenas al maestro esta carencia de hombres que á la sazón se advierte en España. Y no es exagerada su cuña. En lo social como en lo individual, la esterilidad de madres que fueron fecundas es síntoma de decrepitud y precursora de muerte. Nada se ha perdido en un país en tanto subsiste el espíritu. Por el son las naciones grandes, ricas, potentes, dichosas. Por él una isla perdida en un rincón de Europa se hace señora del mundo. Por él un pueblo indigente conquista al mar el suelo que ha de sustentarle. Por él una nación noble y poderosa, llevada por sus institucioes á una gran catástrofe, se levanta y convalece. Cuando el espíritu declina, la patria agoniza. Acaso asistimos á la bancarrota de una raza.

El hecho es indudable. La vida parece haber perdido para nosotros su fecundidad. Ninguna aurora alborza en los horizontes de la patria. No sólo en la política, en todos los órdenes de la vida se muestra el triste fenómeno. Si exceptuamos unos cuantos nombres de artistas que honran el suelo en que nacieron, nada nuevo se produce. Una generación sucede á otra en la vida; no en la labor y en el esfuerzo. El hombre de mérito y abnegación que aquí inicie algo provechoso y útil puede estar seguro de que su obra no le sobrevivirá y que bajará con él al sepulcro, estéril para la posteridad. Nadie llena el vacío de los que nos dejan. Entre nosotros sólo el mal se continúa, y sólo la ignorancia, la superstición y el vicio forman tradiciones.

¿Es que no existen ya en España hombres de inteligencia, de carácter, de virtud? Pocos son, pero aun hay algunos. Cada cual los conoce y los estima en la esfera de sus relaciones, en el círculo de su actividad. No hay que buscarlos en las alturas, adonde nunca llegan. Esos hombres viven oscurecidos, postergados, contemplando desde su modesto rincón cómo prosperan los corruptos y cómo medran los imbéciles. El medio social les es adverso. La sociedad que todo lo da al favor no guarda nada para el mérito. No es posible servir á la vez á Dios y á Mammon.

Dura cosa es la lucha vital. Aun los justamente vencidos en ella inspiran honda compasión. No hay alma generosa que no se apiade de la suerte de aquellos desdichados «ratés» que nos describe Daudet con tan delicada ironía. Pero sólo á ese precio se alcanza el progreso. En las sociedades propiamente tales, la opinión pública opera espontáneamente la selección. De entre los muchos llamados separa los pocos elegidos. Esa opinión ilustrada se llama gusto en arte, cultura en ciencia, acierto en política y conciencia en moral. Por ella son escogidos los más capaces, los más aptos, los más dignos, los mejores. Luego viene el Estado y hace relativamente la misma labor. En tales países, salvo parciales injusticias, son hábiles los que dirigen, sabios los que enseñan, probos los que administran y buenos los que predicán. Así progresan y se engrandecen las naciones.

Suponed que esa selección se hiciera al revés. El vulgo carece de la ciencia del bien y del mal; el Estado, corrompido, se complace en la corrupción. Triunfan en política los adules y serviles, en la literatura los retóricos, en la ciencia los pedantes, en las carreras los validos, en la sociedad los hipócritas. Todo mérito enfla, toda seriedad disgusta y enoja. El merecimiento parece una punible rebeldía contra el favoritismo imperante. ¿Hay algo que no esterilice y malogre esta selección de lo peor? Si el agricultor hubiese procedido así, no tendríamos frutas ni flores; si el ganadero, no comeríamos carne; si la Naturaleza entera, tan sólo existirían los monstruos.

Hay entre la desmedrada y macilenta generación que llega ahora á la vida algunos factores útiles, algunos elementos sanos, jóvenes de cualidades positivas que, puestos en otro medio, harían y valdrían. ¿Qué estímulo encuentran aquí? «El Correo» nos habla de la esterilidad del foro, el Parlamento, el teatro, los centros decentes y aun la burocracia. Pero olvida que en todas esas esferas sin excepción reina el privilegio. No sólo hay oligarquías políticas, las hay administrativas, forenses, literarias, teatrales, periodísticas. Cada grupo de los bienaventurados poseedores tiende á constituirse en gremio cerrado, inaccesible. Todo está ocupado, acaparado, monopolizado. En vano esos elementos nuevos piden un salto del tapón; qué hacer en una sociedad semejante? Un Demóstenes no tendría aquí tribuna, ni un Cicerón bufete, ni un Aristóteles cátedra, ni un Napoleón mando, ni un Hipócrates clientela, ni un San Carlos Borromeo báculo y anillo. Esa juventud que encuentra intranquilos todos los caminos del éxito legítimo, halla en cambio abierto de par en par el portillo del favor, la hipocrisía, la yernoerancia y el encasillado. No es maravilla que se precipite por él, y piense y hable en jesuita, y se aliste en el batallón de los «luises», y se consagre á la devoción de San Esteban de Koska, y busque influencias, y cace dotes á tenazón, dejando el cultivo de las cosas altas y nobles á los pocos que prefieren morir de hambre ó vivir muriendo. El mal ha llegado á punto que ya apenas se atreve uno á aconsejar á los jóvenes que cumplan con su deber, por temor de las consecuencias.

No me hago ilusiones acerca de la fecundidad de la raza. Nuestro desarrollo fué demasiado rápido para ser duradero. Involuntariamente nos asalta el recuerdo de aquella civilización árabe que pasó por el cielo de la historia brillante y fugaz como un relampago. Estos niños precoces viven poco, como dice el Ricardo III de Shakespeare. Pero la tierra estéril es la que más necesita riego y abono. Nosotros hemos venido esterilizando como de intento el espíritu nacional. De nuestra incapacidad notoria para la civilización debe culpársele á la tradición veneranda. El fanatismo religioso mató aquí en flor pensamiento y sinceridad. Las guerras dinásticas y el espíritu aventurero agotaron en hora perdida nuestra virilidad y energía. Así se malogró, acaso para siempre, la nacionalidad española. Jamás se hizo en el mundo derroche semejante, no ya sólo de oro y sangre, sino de inteligencia, de caracteres, de valor, de virtudes, de todo lo que constituye el tesoro moral, el más precioso patrimonio de un pueblo. El efecto de la prodigalidad fué, como siempre, la indigencia. Los españoles caímos en ese estado de miseria físico-psicológica de que dan en nuestra historia triste y memorable ejemplo los tiempos de Carlos II y Carlos IV, y éstos que ahora atravesamos. De la gran nación de otros días, apenas si quedaba en el reinado de Fernando VII sólo la plebe soez y sanguinaria, vitoreando á las cadenas.

Sobre este suelo agotado, nuestra trabajosa revolución produjo sólo hombres medianos, especie de Micromegas, que alcanzan apenas la talla suficiente para asomar á la historia. Aun ese movimiento se ha malogrado. La libertad exóica no ha arraigado en tierra española. La civilización ha hecho aquí bancarrota. Nuestro espíritu atávico es la mejor prueba de nuestro agotamiento. Todo lo hicimos; según confesión propia, nada nos queda por hacer. El porvenir no tiene para nosotros esperanzas. Esa juventud caduca representa la caducidad de la patria. Los españoles somos viejos de nacimiento. España se extingue en la impotencia senil.

ALFREDO CALDERÓN

## El cartucho de perdigones

Cuando empezó á practicarse este sistema de tiro, todo el mundo se indignaba contra los astutos timadores y compadecía á los inocentes perjudicados.

Fueron luego los casos tantos y tan frecuentes, sin que los incautos escarmentasen, que ya el público cambió de parecer y comenzó á burlarse y á censurar la estupidez y avaricia de las víctimas y á reírse de la



gracia de los timadores; tanto que ahora la mayoría de la gente opina que los timados son los que deberían ir á la cárcel. Como que resulta mucho más antipático y ridículo en todas partes un tonto que un pillo.

Una cosa parecida á esto de los perdigones le está sucediendo actualmente al país con algunos hombres políticos.

Comprendo yo, y cualquiera lo comprendería, que ahora, en la situación porque la política atraviesa, después de tantas decepciones y tan continuos desengaños, un hombre nuevo que surgiera por ahí dotado de inteligencia sobresaliente, de buena palabra, provisto de lastre de ideas y hábil para formular programas de buen gobierno ó de regeneración, como ahora se dice, despertara la curiosidad pública, llamara la atención de las gentes y arrastrara tras de sí á esos elementos políticos y sociales que anhelan romper los caducos moldes de lo existente para reemplazarlos con otros nuevos.

Pero eso de que un Romero Robledo, ese hombre tan gastado, á quien como político todos los españoles nos lo sabemos de memoria; que ha sido antidinástico, revolucionario, alma después de la restauración dinástica, ministro varias veces de ella, subyefe del partido conservador, disidente después de Cánovas y separado hoy del partido, con puntas y ribetes otra vez de revolucionario y de demócrata, hable, como ahora lo hace, de política, de planes, de medios y elementos de gobierno y logre producir expectación y curiosidad y haya quien le crea y quien le siga, no acabo de comprenderlo.

Que un Sagasta—y después de nombrar éste ya no puede citarse otro hombre que haya sido más funesto para España, ni que tantos tipos políticos haya dado—abra la boca para censurar al gobierno actual y para promover el hacerlo mejor, y aún haya quien se entusiasme y funde esperanzas de bienestar para el país en la subida otra vez al poder de tal personaje, es una cosa que me subleva y creo capaz de sublevar al más indiferente.

Observo estas cosas y pregunto: ¿qué es esto? Los españoles, cuando se trata de la política al uso y de los hombres que figuran al frente de ella ¿somos acaso siempre la encarnación colectiva del invariable y clásico palurdo á quien, como palomino atontado, sorprenden y engañan por esas calles el consabido *señor bondadoso* y el indispensable *portugués extravariado*?

Para mí Sagasta y Romero Robledo, distraídos ahora, el uno de liberal de los de la vieja cepa, calado el morrion y fingiendo enojos por eso de la boda de la hermana mayor del rey, y el otro de revolucionario y demócrata, hablando á diestro y siniestro en su círculo y en todas partes, no representan otra cosa, dentro de la política actual, que el trasunto fiel de aquellos dos personajes indispensables en los tiempos novelescos que relatan los periódicos; mientras que las gentes que los aplauden y los siguen me hacen el mismo efecto que el paleta ignorante á quien su avaricia le hace dar billetes del Banco por cartuchos de perdigones.

Sagasta en la oposición, esto es, antes del timo, ofrece al país el oro de la libertad, de las garantías individuales, del cumplimiento de la ley, de las reformas económicas y sociales, del respeto á las ideas, y luego en el poder, es decir, dado el timo, le da la represión, la previa censura para la prensa, la suspensión de garantías constitucionales, la arbitrariedad, el abuso, el desbarajuste y la inmorality administrativa, el apoyo á la reacción y al clericalismo y todo lo demás que caracteriza su política y su sistema de gobierno, que en cuanto á malo poco ó nada se diferencia del actual.

Romero Robledo en la disidencia, en el aislamiento, devorando la nostalgia de la jefatura por emulación á su eterno rival en política, lo ataca todo, lo censura todo, lo revuelve todo; su cerebro es una fábrica de ideas atrevidas, su boca un obús que lanza frases mortificantes, ironías sangrientas; se da maña para atizar los odios de los conservadores descontentos de Silvela, para halagar á los fusionistas y hasta sonríe y hace cucañas á los republicanos con ofertas insidiosas; pero todo esto no es más que la preparación del *golpe*, y éste consiste en conseguir que Silvela tenga que tragarlo, preparando las cosas para que le hagan á él presidente del Congreso y á Bergamín ministro.

A esto se reduce todo por parte de ellos. Y el país entretanto, hecho un tonto, mirando con la boca abierta cómo el uno repara y cobra fuerzas en Avila para la próxima labor gubernativa de este invierno en que será llamado al poder, y cómo el otro continúa en San Sebastián la obra comenzada en Madrid para lograr meter la cabeza en la primera situación política que se cree, bien por reforma parcial de lo existente, ó bien por cambio completo del ministerio, y el país disponiéndose otra vez, como siempre, á recibir el consabido cartucho de perdigones sin más recuso luego, cuando llega de nuevo el desencanto, que llamarse á engaño y gritar que le han estafado, sin tener presente que ya en toda clase de timos, y más aún en estos políticos, el timado es el que resulta antipático é indigno de lástima por la imbecilidad que revela el dejarse timar tan frecuentemente por los mismos tipos y por idénticos procedimientos.

José CINTORA

## UNO QUE VE CLARO

A principios del año actual recibí una carta fechada en Segovia, que no publiqué. Se hablaba por entonces de Unión republicana, y no quise poner esa chinita al paso de los que por ella trabajaban.

Pero como la Unión se ha pactado y no

da señales de vida como no sea para disculparse de que nada hace por estar en suspenso las garantías, voy á publicar la carta ahora, ya que desgraciadamente no ha perdido oportunidad nada de lo que decía:

«Amigo Nakens: Tiene usted razón en desconfiar de lo que hagan los republicanos en el año que empieza. En toda España ocurre lo mismo: aquí como aquí, en Barcelona como en Valencia, en Bilbao como en Cádiz, en Alicante como en La Coruña, los republicanos se destruyen, se aniquilan y desprecian y con su conducta contribuyen al crecimiento del influjo de la sotana.

Personas que no titubean en abrir su bolsa para contribuir á la mayor gloria y esplendor de fundaciones religiosas, llamadas *resenhas*, *calorcenillas* y *calorcenazas*, dejan morir *La Democracia*, único periódico republicano que se publicaba en ésta. En cambio no faltarán á misa ni á procesión alguna y se extasiarán oyendo sermones de tono magistral, dechado de oratoria aparatosa, nueva y quejumbrosa, salpicada de espantos político-carcacóticos y ataques encubiertos al liberalismo.

Para que los contrastes lleguen al colmo, podría citar á persona que, sabiendo de memoria *La Religión al alcance de todos* y cuyos párrafos recita á las primeras de cambio, no deja por eso de ir todos los días á oír su misa.

Con republicanos así y con dignitados como los que tenemos ¿qué ha de ocurrir? Lo que no debe tardar, someternos mansamente al clero aprovechando el hallarlos en un año santo (¡!).»

Tiene razón ese amigo; tanto, que algunas veces exclamo:

Convencidos todos de que estamos sosteniendo una gran farsa, que no hay partido, que sólo hay republicanos desorganizados, y que así no podemos hacer nada, ¿quienes somos más dignos de desprecio, los que sostienen la farsa por conveniencia, ó los que llamamos por cobardía? ¿A quién alcanza más responsabilidad, á los que fingen engañarse, ó á los que, estando completamente desengañados, fingimos que nos dejamos engañar?

Y el caso es que á nadie engañamos. En privado, todos, desde los más altos hasta los más bajos, convenimos en que estamos anulados, que así para nada servimos, que el país no nos hace maldito el caso; peor aún: que nos desprecia. Pero en público, á pretexto de que es hábil, que es político, que es diplomático, aseguramos que tenemos organización perfecta, poderosos auxiliares, grandes recursos, que salimos á fusil por corazón, y anunciamos sucesos prósperos á plazo fijo. Y así un año y otro, sin que los que tales fanfarronadas y mentiras oyen cojan una escoba y nos barran á la letrina, por embusteros y por cínicos.

¡Es preciso que esto acabe, es preciso que esto acabe! Hay que decir la verdad completa, que desgarrar del todo el vestido de púrpura que cubre al cadáver, que descargarse del crimen de complicidad que alcanza á los que carecemos del valor necesario para romper el silencio de una vez; hay que demostrar, en fin, que aún no hemos perdido del todo la conciencia.

Y si no hay quien se atreva, lo haré yo.

## LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas/franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á *El Motín* á 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

## OTRA OPINION

Final de un artículo de *El Mercantil Valenciano*:

«Ríanse cuanto quieran los necios, pero es un hecho indiscutible que en España no hay República porque, como decía el gran Prim, no hay republicanos; podrán llamarse así muchos, pero en realidad no lo son, porque el republicano no es sectario, no es intransigente, no es egoísta, no busca el medro personal, no vive influido por pasiones bastardas, no quiere ser diputado para gozar de inmunidad, ni concejal para colocar á los paniaguados, ni hombre público para hacer negocios, y, por desgracia, al pasar hoy la vista por la lista de los que se llaman republicanos, encontramos pocos, muy pocos, que conozcan y practiquen el catecismo republicano, en el cual se contienen los preceptos de la moral política.»

Copio esto, porque me conviene ir acumulando opiniones que me sirvan en su día para justificar la obra tan justa como necesaria que pienso realizar.

## LOS INMORTALES Y ROSALIA CASTRO

Ayer ha tenido lugar en esta villa, presa de los fraílitos horrores y de los de un beaterio tan imbécil como ruin, el acto de descubrir la inscripción que la Academia de la Lengua convalida é enaltece la memoria de esa ilustre poetisa; y por cierto que por esta vez ni limpia, ni faja, ni da esplendor. Y para que se vea que no acoto con muertos, aquí traigo los papeles: «En esta casa vivió y en ella murió etc.», en vez de: «en esta casa ha vivido y en ella ha muerto»... porque la favorecida que nos ocupa es muy coetánea nuestra.

Por desdicha no hay algo más distante que la cuasi totalidad de los elegidos para ese acto, de tan inolvidable señora porque, qué tienen de parecido el representante de un Ateneo á quiénes se refieren estas palabras de mi opúsculo: «¡Leed, estudiantes!, en que arde el fuego sagrado que achicharra de continuo las redentoras ideas; el más neo de los profesores de la compostelana

Universidad (y ya es ser), un catedrático á quien su *heraldica filiación* no le impide asistirla; y ella y severamente vestido á las proyecciones, es decir, ser de los que hacen la *luz* de *EL MOTIN*; un secretario digno, de artes y oficios, *vera effigies* de la *gloriosa* burguesía; un director de la *facultad* católica á la usanza que lo han *ya* empleado en mildes aldeanos autores de *propio* de *hacer* días, y un exsurgido de *cosa* á *empleos* tienen de parecido, repito, conado *muchacha* que figura así en mi obrita *ingratitud* á *paños* *notables* del *librepensamiento* que *querbe*, re-»

«ROSALIA CASTRO

«Pidiendo esta llevada mujer el beneficio de la muerte voluntaria para los que la existencia es una serie no interrumpida de torturas; autorizando á los que han pedido justicia inútilmente al cielo y á la tierra para realizarla por el propio esfuerzo rebelándose con altivez contra lo injusto del perdurable castigo; aflijéndose hasta el llanto por las universales desventuras, y en especial por las que tiene más próximas; y loando en el diapasón sublime la positiva labor científica y á sus impulsores ¿tendrá algo que ver con el ideal cristiano, que implacablemente condena á vivir al que lentamente agoniza en medio de los más crueles sufrimientos; que difiere el cumplimiento de la justicia para un mundo extraseñalable; que revela su inextingible rencor con la espantosa creación del infierno; que divide los hombres en réprobos y en elegidos, y que se rebela contra el profano saber por condonación de su más venerable representación histórica? ¿Y habrá algo de común entre la *que* nombre á éste tan modesto esbozo y la Iglesia católica, poniendo aquélla á su clero en situación repulsiva, enalteciendo la memoria de un héroe protestante en sentidos y admirables versos (1) que consagra á una amiga inglesa, fervorosa creyente de Reforma, y dedicando la mejor glosa de los *Cantares gallegos* á Roberto Roberts?»

«No pudiera librarse de esa inspirada mujer que, guiada por rumbos positivamente opuestos al cristianismo, ha dedicado lo más noble de su poética musa á encarnar con lo ciertamente humano?»

«Si la grandilocuencia de estos hechos no diera inquebrantable firmeza á Rosalía Castro en este lugar, habría la razón crítico empírica desaparecido del mundo de la verdadera cultura.»

J. DE LA HERMIDA

Padrón 16 de Julio de 1900.

## Notas pesimistas

La sociedad de buen tono expulsa de su seno á los desgraciados. El mundo aborrece el dolor y no titubea entre éste y el vicio, porque el vicio al fin es un lujo. Por muy grande que sea un dolor, la sociedad sabe minorarlo y riculizarlo con un epigrama; busca sambenito para la frente de los reyes destronados y venga con caricaturas las afrentas que cree haber recibido de ellos, asemejándose á las jóvenes romanas que en el Circo no perdonaban nunca al gladiador que caía.

La sociedad se alimenta de oro y de burlas. *¡Muerte á los débiles!*, esta es la divisa de esa especie de orden euestre instituida en todas las naciones de la tierra, porque en todas partes hay ricos; y esta sentencia está escrita en el fondo de los corazones petrificados por la opulencia ó alimentados por la aristocracia.

Reparad á los niños reunidos en un colegio, donde son ya la imagen de la sociedad, imagen tanto más verdadera por su ingenuidad y franqueza cuanto que presenta siempre isótopos áridos, criaturas nacidas para el sufrimiento y el dolor, colocadas incesantemente entre el desprecio y la piedad. Y cuenta que el Evangelio les promete el cielo.

Pero hagamos nuestras observaciones en una e-fera más baja, aunque de seres también organizados. Si hay en un corral una ave enferma entre otras aves, éstas la persiguen á picotazos, la despluman y la asesinan. Fiel á este principio de egoísmo, el mundo prodiga sus rigores á las miserias que tienen la osadía de afrontar sus fustijos ó de acibarar sus placeres. El que sufre física ó moralmente sin dinero y sin poder, es un proscrito que debe retirarse al desierto; y si llega á traspasar los límites de él, sólo encuentra desprecio en todas partes, frias miradas, modales indiferentes, palabras y corazones de hielo. ¡Feliz mil veces el que no encuentra el insulto donde creía encontrar el consuelo!

¡Moribundos, quedáos solos en vuestros lechos! ¡Ancianos, permaneced aislados en vuestros húmedos hogares! ¡Y vosotras, pobres niñas sin dote, heladas ó abrasadas en vuestras boardillas solitarias! Si el mundo tolera una desgracia, ¡no es para usar y aprovecharse de ella, poniéndole un freno, y revestida con otro carácter, hacerla contribuir á su diversión? ¡Vosotras, doncellas, que componéis un catálogo de rostros alegres, sufrid el mal humor de vuestra pretendida

(1). En tal enaltecimiento se afirma profundamente la internacional fraternidad que rigurosamente se deduce del librepensamiento y se arroja de la mansión de los muertos los católicos-terroristas para tornarlos en lo que tiene de más hermoso el vivir.

bienhechora, pasead sus perros, divértidla, adivinadla, y después callad! ¡Y tú, rey de los criados sin librea, parásito descarado, deja tu dignidad en casa; come como tu anfitrión, digiere cuando él digiera, llora cuando él lllore, riéte cuando él se ría, toma sus epigramas por alabanzas; y si murmuraras, guárdate de su cólera! Así es como el mundo honra la desgracia: la mata ó la destierra; la envilece ó la desprecia.—S.

## DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

## IOJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

## Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores á *El Motín*, 50 céntimos.

## ARTÍCULO NOTABLE

Lo es uno de Pedro Kropotkine, hablando de la conspiración actual en Europa contra todos los principios de la democracia que parecían ya para siempre conquistados, y al cual pertenecen estos párrafos:

«Poco á poco y con la ayuda de las circunstancias, encontré otra táctica más profundamente maquiavélica y eficaz, consistente en poner en duda todas las conquistas de la democracia, que creíamos todos, hace veinticinco años, aseguradas para siempre para las naciones civilizadas, y agruparse alrededor de los viejos conceptos de religión y autoridad que se creían ya sumidos en eterno olvido.

No fué un congreso europeo, ni un salvador de la burguesía los iniciadores de esta táctica; es más, su programa ni siquiera fué formulado; pero observé la Europa entera y se verá que fué aplicado con una unanimidad notable.

En las conversaciones de sobremesa, en las tertulias de los salones á la moda, en las palabras cambiadas en vagones de primera á propósito de los sucesos corrientes, se decretó el *espíritu del programa*, el cual, sancionado tácitamente y sin responsabilidad directa de nadie, fué puesto en práctica de una manera eficaz y segura. Apenas si Roma y sus jesuitas, si las Iglesias protestante y rusa, lo mismo que las damas de la aristocracia inglesa, sirvieron de intermediarios. Se comprendieron guiándose el ojo como cuando dos burgueses se ponen de acuerdo para engañar á un tercero, y se obró en consecuencia.

El librepensamiento, la crítica científica y materialista, la instrucción laica, las libertades políticas, las instituciones republicanas y hasta municipales, el derecho á la vida de las pequeñas naciones, la autonomía local, el principio federativo... todo aquello que parecía cierto, demostrado, incontestable desde 1848, todo, punto por punto, fué puesto en duda en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en ambas penínsulas, en los Estados Unidos, en todo el mundo.

Por otra parte, todo lo que se creía bien muerto y enterrado: la religión, la superstición, el espiritismo y la magia; el realismo, el imperialismo y hasta el absolutismo; la dictadura y el cesarismo, la Inquisición y demás antiguallas cuyas apolladas banderas habían ya caído á pedazos y parecía imposible sacralas á la calle sin cubrirse de ridículo, todo eso se proclama y propaga hoy pública y desvergonzadamente, y sirve de símbolo de concordia entre los privilegiados y programa de orden, que servirá en su día de pretexto para ametrallar á los trabajadores revolucionarios que se dispongan á conquistar sus pisoteados derechos.

Y el revolucionarismo, que hubiera debido trabajar para la constitución de un inmenso movimiento obrero dispuesto á dar el asalto al reino burgués, se ve obligado á entretenerse á cada instante corriendo á la defensa de lo que creíamos adquirido para siempre por la humanidad; unas veces armándose de palos y revólvers para salir al paso á los curas, á los jesuitas, á los antisemitas, á los antidreifuistas, á los realistas y á los gomosos; otras para arrancar á sus hermanos á las torturas inquisitoriales.

Véase si no de qué asuntos se ocupa Europa hace ya treinta años. ¡La internacional obrera! ¡La huelga general sin detenerse en las fronteras! ¡De una nueva *Commune* de París ó de otro Cantón de Cartagena! ¡De una guerra social cualquiera! Nada de eso. Ha sido preciso correr á lo más urgente: aquí á impedir que un Boulanger se convirtiese en César de Francia; allá á impedir la demolición del Consejo municipal de Londres que manifestaba veleidades socialistas; acá á arrancar á los compañeros de las torturas jesuíticas; protestar contra la destrucción de la independencia del Transvaal ó de la Finlandia; defender el espíritu democrático de la calle de París contra la invasión de señoritos gomosos; impedir la restauración de la monarquía, del absolutismo y de los curas triunfantes; defender el derecho de pensar, de hablar y de escribir; alarmarse de que la escuela laica caiga en manos de los jesuitas; luchar contra el oscurantismo que, apagándose en la mente, se implanta en las Universidades, la prensa y las reuniones; defender el

derecho de coalición, ó llegar al extremo de constituirse en Londres en comités armados de garrotes, para tener el derecho de decir algunas palabras en un mitin contra los explotadores sanguinarios Rhodes y Chamberlain...

Y esto en todas partes: en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en España, en Italia...

Poner en duda todas las conquistas de la democracia; agruparse alrededor de las abandonadas antiguallas; tal es la gran conspiración burguesa, tanto más peligrosa cuanto es táctica, que su centro está en todas partes, que carece de jefe y de comité, que lo es cada burgués sin necesidad de ostentar una tarjeta de afiliación.»

Bien descrita está la situación de Europa. Y al pensar en ella, por lo que respecta á España, siento indignación grande, no contra los clericales, sino contra los miserables que procedentes de la revolución, han consentido, cuando no apoyado el movimiento reaccionario.

Desde el año 76 vengo señalando el peligro y luchando en la medida de mis fuerzas. Los que se dicen correligionarios míos han sido los primeros á escandalizarse de mi campaña y áirme poco á poco cerrando todos los caminos. Así, cuando ahora oigo á algunos lamentarse de que nos va faltando á los demócratas ambiente que respirar, me entran ganas de gritarles: «¡Cobardes! ¡Hipócritas! ¡Farsantes! ¡Vosotros y sólo vosotros tenéis la culpa!»

Lo malo es que si la reacción llegase á sus últimas consecuencias, vosotros os salvaríais invocando los inapreciables servicios que le habíais prestado; que si no, habría para desear que restableciera hasta la Inquisición y que os quemase. Con tal de que me dejaran para el último, permitiéndome veros achicharrar, no me pesaría de que viniese. ¡Pocoito que gozaría yo viendo quemar tanta carne podrida!

## DONDE DIGO DIGO...

Un periódico de Oádiz inserta, entre varios anuncios, uno que se titula *Apostolado del Beato Diego*, y en el cual se lee:

«¿Cómo podrá extender su celo este Apostolado cuando las limosnas que mensualmente recibe, apenas cubren el alquiler del modesto piso que lleva el nombre de Asilo del Beato Diego?»

Grande, sí, grandísima es la amargura con que el Apostolado del Beato Diego llora la frialdad con que esta ciudad mira esta obra creada para honrar al Beato Diego, según lo exigen las necesidades por que atraviesa nuestra actual sociedad.

El Apostolado no pide grandes limosnas, sino pequeñas y constantes, porque la constancia es condición necesaria del verdadero amor.

Cádiz, sé constante en tu amor al Beato Diego y dale testimonio cooperando á la obra de su Apostolado.

Me ha conmovido tan profundamente la noticia de la adición en que se encuentra el Apostolado del Beato Diego, que también yo, aterrado ante la idea de lo que sería de Oádiz, patria del Beato Diego, si no atendiese á las súplicas de los que sabla-cean para el Apostolado del beato Diego, pido á mis lectores en nombre del Beato Diego, que contribuyan á la prosperidad del Apostolado del Beato Diego.

Y donde digo digo, no digo digo, que digo Diego.

## CABALLERÍA RUSTICANA

En el transcurso de una semana han realizado gentes rústicas, villanas, actos caballerescos de los que constituyen la trama de los dramas de nuestro teatro clásico. La única diferencia entre la realidad de nuestros días y las farsas escénicas del siglo XVII está en la calidad y lenguaje de los personajes: móviles, sentimientos, nociones y concepto del honor son idénticos en los sucesos y en los dramas caballerescos ó comedias de capa y espada.

En Zaragoza un obrero procaz y fanfarrón, provoca á otro humilde y prudente. Éste, vence éste á aquél, y no solamente levanta al caído, sino que le cura, le consuela y le acompaña al hospital. Poned á esos personajes espadas, gorillas y chambergos; hacéldas hablar en conceptuosos versos; hacéldos el caído invocar á la Virgen y tendremos *vivida*, como dicen ahora, en las afueras de Zaragoza, una escena de *La devoción de la Cruz*.

En Lorea un minero sorprende á su mujer en los brazos de su amante; mata á aquélla y persigue, da alcance y apuñala al burlador de su honra. En Madrid es un zapatero quien toma á secreto agravio pública venganza.

Esos villanos proceden como *El médico de su honra* y *El pintor de su deshonra*, y el público que en el teatro aplaude los dramas caballerescos, en los cuales es ley lavar con sangre las manchas que caen sobre el honor, convertido en Jurado absolverá á los delinquentes.

Y hará bien y no se podrán quejar los enemigos de esa institución, pues en el Ogdigo penal se sanciona el homicidio de los adulteros cuando el ofendido esposo los sorprende *in fraganti* delito.

Estos casos de *caballería rusticana*, nada raros, prueban que en nuestro tiempo la tragedia se ha desvalizado el coturno y anda con alpargatas. Los dramas no los hacen las clases altas, las ilustradas, las ricas, las poderosas; los hace el pueblo.

Los villanos son los que no toleran sobre su honra, su pundonor, su amor propio, la menor ofensa. Rifien y tiran de navaja por



los mismos quisquillosos móviles que desandaban sus espadas y las chocaban y se herían ó mataban los caballeros, no solamente en el teatro de Lope, Calderón y Tirso, sino en las callejuelas de las ciudades españolas. Un insulto, una mirada, una flor á la novia, una disputa sobre un lance del juego, la no aceptación de un convite bastaban para que riñan sin testigos, con armas iguales, en una calleja solitaria ó en las afueras de una población de villanos. Cuanto más ignorantes, más caballerescos, más celosos de su honra y más propensos á blandir la navaja. Lo mismo que los nobles é hidalgos del llamado gran siglo español.

El pueblo que antes hacía de gracioso y criado ó servía de comparsa en tragedias, dramas y comedias de capa y espada, es hoy héroe y protagonista en la realidad y en el teatro de esas composiciones. Como personaje principal no figuraba más que en tonadillas, entremeses y sainetes.

Hoy pasa en el teatro lo contrario, porque lo contrario es lo que acontece en la vida. Si el drama ha de ser real, verdadero, inspirado en las costumbres, no calado en las creaciones románticas, villanos son sus personajes. Ejemplo tenemos en *La Dolores*, *Tierra baja*, *Maria del Carmen*, *Juan José*. La clase media es protagonista de comedias, y una buena parte de nuestra mesocracia y aun de la aristocracia desempeña papeles en sainetes y juguetes cómicos.

Así es la vida. El drama *Los Tejedores*. El enemigo del pueblo y buena parte de *El Honor* lo hace el pueblo. El *vaudeville*, la comedia bufonesca, la de figurón, que decían nuestros clásicos, el sainete, lo desempeñan en la realidad las llamadas clases directoras, el gran mundo, y queda para la clase media la llamada alta comedia.

Bien se echó de ver este fenómeno en el teatro francés contemporáneo y en la transformación del sainete español, único género dramático que goza vida próspera y que ha progresado en nuestro tiempo.

El sainete, desde el notabilísimo *La verbena de la Paloma*, se ha modificado admitiendo el elemento dramático, elevando en sentimientos, acciones y lenguaje á los villanos, á la gente del pueblo que en él interviene, y abandonando la nota satírica, la caricatura, lo sainetesco á los individuos de clases más altas, el gomoso, el noble achulado, el boticario, el empleado, el inspector, el barón de Troncoverde, exministro y representante de la nación.

Cierto es que ya en los sainetes de don Ramón de la Cruz hacían reír petrimetros, abates y aun nobles; pero sobre ser muy semejante aquel período de decadencia al actual, es indudable que el fenómeno alcanza hoy mayor relieve y hasta cierta universalidad.

¿Es un bien ó un mal el haber descendido la caballería á las clases antes consideradas inferiores? Hay bien y mal en ello. Hay un mal para las demás clases, porque significa que la aristocracia y la alta clase media va careciendo de personalidad y carácter, pierde espontaneidad en los sentimientos y en su expresión, es cada vez más refractaria á las pasiones y más fácil á los vicios y caprichos ridículos: incapaz de amar y de odiar, no puede ser protagonista en dramas ni tragedias, mientras que su vida artificial, sus vicios y el embrutecimiento que éstos traen consigo la van haciendo rica en tipos sainetescos. Todos los *vaudevilles* prueban lo que decimos.

El pueblo sí conserva carácter, costumbres, alma virgen capaz de ser agitada por la tempestad de las pasiones, y, como se ha elevado en dignidad y cultura, puede hacer en el teatro del mundo principales papeles.

El bien de esto que pudiéramos llamar avilamiento de la caballería, proviene de que la sociedad va siendo, aunque lentamente, más cristiana y más ilustrada y buena, y por eso va librándose, poco á poco, del sentimiento falso é inhumano del honor. Los pueblos más civilizados, los mejor equilibrados, los más sanos, ricos y cultos, se ríen del honor caballeresco, se baten rarisimas veces y creen criminal y bárbaro matar á la adúltera. En vez de vengar su honra como los personajes de Calderón, el minero de Lorea y el zapatero de Madrid, se divorcian, ponen su honra en manos de los tribunales en vez de entregarla á la espada ó el puñal.

Las clases elevadas, ó dan asunto para novelas picarescas, bufonescas, *vaudevilles* y sainetes, farsas en las cuales el marido logra ser coronado por su mansedumbre, ó son origen de tipos como *Oroco*, altamente morales, superiores al concepto del honor caballeresco.

En suma, es un síntoma de progreso, véase desde el concepto que se mire, el hecho indudable de que el sentimiento del honor haya pasado de los caballeros de capa y espada á los villanos de blusa y navaja, y el fenómeno, ya comprendido y utilizado por los poetas dramáticos, de que el pueblo que antes hacía solamente el entremés haga ya el drama en el gran teatro del mundo, indicio cierto de que el trabajo es hoy más noble que el ocio deshonesto y la virtud desocupada, y clara señal, por fin, de que los problemas de nuestro tiempo y los ideales del porvenir están en esa clase que se ha calzado ya el coturno de la escena y se cubrirá con el manto de púrpura en la vida.

ROBERTO CASTROVIDO

## RELIGIÓN Y MORAL

Los Estados cultos enseñan á sus párvulos moral, pero no religión. He aquí en lo que consiste la famosa escuela laica, que tanto escandaliza á la hipócrita gremio, siempre entre nosotros imperante. La enseñanza laica es, sin embargo, lo mismo que la tole-

rancia religiosa, una cosa de puro sentido común.

No enseña el Estado religión en los países civilizados, porque no cumple á su función formar creyentes; pero enseña moral, porque necesita formar ciudadanos. Proscribe el Estado la religión de la escuela por discutida, controvertida, opinable, sujeta á la diferencia de iglesias, confesiones y sectas, pero incluye la moral en sus enseñanzas porque en los principios generales éticos todo el mundo está conforme ó conforme se le supone, aunque no lo esté, por exigencia ineludible de la razón práctica.

No catequiza dogmáticamente el Estado, porque á la sociedad importa poco lo que cada uno piense acerca de la trinidad ó de la transustanciación, pero catequiza moralmente porque la sociedad se halla interesada por extremo en que cada cual cumpla sus deberes. Como se ve, las razones en que el laicismo se apoya son verdaderas perogrulladas.

Contra este laicismo se revuelven airadamente en algunos países los órganos de la religión dominante. *Et pour cause*. Habitados á moldear como blanda cera el cerebro plástico de la infancia, atérrales la perspectiva de tener que ejercer su apostolado sobre inteligencias ya formadas, libres de todo prejuicio dogmático.

La secularización de la moral les indigna como una rebeldía. Pero es inútil declamar contra los hechos. Esa secularización está ya consumada. La moral ha seguido el mismo proceso que la filosofía, la ciencia, el arte, la política. Siervas fueron un día todas ellas de la teología y todas al fin se emanciparon. La moral ha sido la última en alcanzar su independencia. La ha recabado, y ya nunca, nunca volverá á someterse al yugo. De tal hecho psicológico es la escuela laica la consagración social.

Hay, sobre todas las expuestas, una razón íntima, profunda, decisiva, que impone el laicismo en la enseñanza ética de la escuela, y es que la moral, al emanciparse de la teología, ha sufrido transformación. Mal podía el Estado confiar la dirección de las conciencias á los representantes de un sentido ético que no es ya de nuestro tiempo. La moral que profesamos los modernos no es la de la tradición. Una nueva concepción de la vida ha inspirado á los hombres otros principios de conducta. La moralidad evangélica extrema el altruismo y peca á nuestros ojos por exceso.

La moralidad eclesiástica estrecha el horizonte y peca á nuestros ojos por defecto. No podemos pensar hoy que la vida presente sea una mera preparación para la eterna, que el dolor sea redención y el placer pecado, que no deba resistirse al mal y á la injusticia, que la pobreza sea apetecible, que la obediencia no tenga límite, que la resignación sea virtud y no necesidad, que el matrimonio constituya una especie de mal menor, que la falta de un momento merezca pena perdurable. No podemos hoy creer que la santificación dependa en todo ni en parte de actos exteriores ni que la fraternidad entre los hombres deba limitarse al círculo de los fieles. Todo esto en rigor nadie ya lo cree, á lo menos con la fe viva, eficaz que llena el alma y determina la conducta. En la vida entera de los que de más creyentes blasonan, los actos desmienten las palabras.

Tales creencias muertas yacen en el fondo de la conciencia como en un sepulcro. Todos obedecemos, unos á sabiendas, otros sin saberlo, á la ley de evolución. Si fuese el demonio quien nos inspirara, habría que repetir con Quirucci: *Sátana non torna in dietro*.—A. C.

Nuestro amigo José de la Hermita nos ruega la reproducción de esta poética ironía, que ha tomado de «*Follas Novas*», para demostrar algo de lo que afirma en su artículo, que ve la luz en este número.

## DE VALDE...

Cando me ponan ó habito,  
s, é qu' ó levo;  
cando me metan na caixa,  
se qu' á teño;  
cando ó responso me canten,  
s' hay con que pigalar l'los cregos,  
e cando dentro d' á cobra...  
¡qu' inda me leve San Pedro  
se só pensalo no río  
con un-ha risa d'os deños!  
Qu' enterrar han de enterrarme  
aunque non lles den diñeiro!

## ¿Quién fué más burro?

(DE LA COLECCIÓN CUENTOS INÚTILES)

Remigia se había declarado viuda. Siendo muy niña se quedó sin madre, porque ésta, huyendo de las miserias de su hogar, se fugó con un corredor de ganados. Remigia buscó trabajo para mantener á su padre; y como el trabajo lo dan los hombres, no se lo dieron á Remigia, sin haberla prostituido. Pero el abuelo murió, su nieto llegó á los diez años, y la infeliz huérfana y madre renunció al vergonzoso amparo de los hombres: con su hijo le bastaba.

Desde que Remigia se negó, fué más apetecible; y como no se la podía conquistar por la dadiña, se trató de conquistarla por el terror: se la culpaba de todos los hurtos y de todos los siniestros; las mujeres la escupían, y los hombres la pegaban. Y Remigia ganaba, comía y ahorraba, porque nadie como ella y su hijo hacían tan económicamente y tan bien las faenas del campo.

Al terminar el Agosto, tenía Remigia escondidas en la chimenea 70 pesetas.

—¿Sabes lo que te digo?

—Usted es un burro.

—Que coño, ¿cómo vamos á la ciudad á comprar un borrico.

—¿Pa qué lugar del que han robado en la iglesia?

—¿Robar? Qué lo habrá vendido el señor cura. Dices que era lo mejor del paso del Domingo de Ramos, y que lo ha comprado un inglés. Nadie, hijo; que no hay gente menos ladrona que los pobres: ¡como no nos quitemos los botines!

—Pues usted tiene catorce duros.

—Y que son para un borrico, porque este invierno nos servirá para llevar la ropa al arroyo y estaremos lavando el lunes y el martes; y lo demás de la semana, tú y yo á traer leña y hierba para los conejos...

—Y los echaremos.

—Por para quien los tenga. Ahí está pared por medio el corral del boticario, que bien de conejos tiene: pues ese no ha de ir por la hierba; y si la quiere, nos la tendrá que pagar.

—Tie usted razón.

—Y tendremos una compaña: los tres trabajaremos para los tres.

Cuando Remigia y su hijo regresaban de la ciudad, trayéndose el asno, descansaron un rato en una umbría, se durmieron y el asno desapareció.

A la mañana siguiente abrió el sacristán la iglesia y se halló con un pollino de rodillas ante el presbiterio. La noticia del milagro corrió enseguida; la bestia tenía los mismos colores que la escultura robada; se prohibió acercarse al borrico; se celebró una función solemne, y se instaló á la caballería en una lujosa cuadra, donde sólo entraban el cura y el sacristán. Por una ventana abierta sobre el pesebre, echaba el piadoso vecindario cebada, dulces, dinero y embutidos. El pueblo entreveía la cabeza del pollino santo, y hallaba un dulcísimo consuelo.

—Trepas sin miedo, le decía Remigia á su hijo. Ahora duerme todo el mundo; y, aunque te viera el boticario no sospecharía de nosotros que, al llevarle la hierba podríamos cogerle los conejos que quisieramos. En cuanto saltes la tapia, buscas las bolas que tiene en el suelo para envenenar á los gatos.

Y al amanecer soltó Remigia las bolitas por la ventana del santo pesebre, diciendo sentenciosamente: *Eres mío, y no eres para mí, pues veniente*.

Fuó enterado á los pies de la parroquia y elogiado en esta inscripción:

Aquí yace el asno milagroso.

El clero le mantuvo, le enterró

Y

Le recuerda en sus oraciones.

—¡Mentira! dijo el Nakens de aquella aldea. Quien lo mantuvo fué el pueblo: vosotros lo explotasteis.

Y yo dije calladito:

¡Aprended, borricos!

Mas vale pienso ganado

que prestigio regalado.

SILVERIO LANZA

## LAS CREENCIAS DE LOS CHINOS

Los viajeros ilustrados que saben ver y los pensadores que han estudiado el pueblo chino, están acordes en creer que el cristianismo ni ha hecho, ni hace, ni hará progresos verdaderos en el celeste imperio.

Aquella raza es por naturaleza refractaria á las altas lucubraciones metafísicas y á las sutilezas de nuestros dogmas. Los suyos ante todo son sencillísimos y no pretenden demostrarlos poco ni mucho los maestros que los enseñan con una dialéctica *sui generis* propia de la singular organización cerebral del chino.

Cualquiera religión exótica que se pretenda enseñar á los chinos, llega necesariamente á su intelecto comparada con la suya. ¿No se le parece? A rechazarla. ¿Se le parece? Pues es la suya ó imitación de ella, y no se habla más. Saben ellos tanto, por lo menos, como el que intente explicársela, que ya se verá negro para hacerlo entre una gente cuya lengua no tiene vocablo para enunciar la idea de Dios. Los misioneros jesuitas tuvieron que valerse de la expresión *Tien-Tschu* (Señor del cielo) para hablarles de Él.

—¿La Trinidad? ¡ah, sí, ya sé e-o—y os ensarta la suya. ¿Cristo? Nosotros le llamamos de otro modo, Budha. ¿La virgen? Sí, la misma; es Maya, virgen que parió sin dolor, etc.; y él conoce á los *reyes* que adoraron á Budha recién nacido; sabe que cuando aquél subió al cielo se dejó la huella de su pie en el monte donde lo apoyó, como se dice de Cristo en el *Thabor*. ¿El papa? Sí, sí; es el Dalai Lama. Y así en todo.

No sacaréis al chino de ahí; él lo sabe todo, es superior á todo, su pueblo está por cima de los otros y su emperador es el dueño de todos los reyes habidos y por haber en este mundo.

Ahora, si le conviene sacarnos algo y no lo ve posible de otro modo que convirtiéndose, lo hará: le bautizaréis, le daréis la comunión, asistirá á las ceremonias, pero continuará chino por dentro hasta morir. Así han sido siempre nulos progresos los del cristianismo en ese pueblo.

No obstante, si creemos á los misioneros de cualquiera de las sectas y sumamos las cifras publicadas de los convertidos, excedería ya con mucho su número al de habitantes en el Celeste Imperio, aunque en realidad jamás han pasado allí los cristianos todos, católicos con protestantes, de unos 300.000 en un imperio de 300.000.000 de habitantes. ¡Y si esos 300.000 fueran cristianos de ver-

dad aunque toscos y medio inconscientes! Pero no es un secreto para nadie lo que son y la verdad sobre este punto.

«Una de las farsas mayores de nuestra época, acaba de decir un escritor español, son las conquistas realizadas en China por las misiones católicas y protestantes. Los frailes y los jesuitas habían á los papanatas con entusiasmo de los chinos convertidos al catolicismo que han sufrido el martirio por su fe. Pero se callan que el chino tiene tendencia á morir, que por su bárbara educación sufre el contagio del suicidio, y así como se quita la vida por cualquier motivo fútil, aún la pierde más á gusto si sabe que hablará de él con elogio, ó si su sacrificio proporcionará algún recurso á su familia. Muchas veces se ha visto, al ir á ejecutar un reo, permutar éste con un curioso del público á cambio de una cantidad.»

«Los progresos de la propaganda religiosa y la firmeza de creencias de los catecúmenos no pueden ser más originales. Cuando circula la noticia de que el fraile Tal reparte arroz en abundancia, se llena la capilla de cabezas peladas que gritan:—¡Viva la virgen! ¡Viva San Francisco! ¡Viva el padre Fulano!—Y entre rancho y rancho, rosario por aquí y gozos por allá. Pero en cuanto el arroz escasea y saben que el pastor evangélico está en fondos, los parroquianos de la capilla se van al establecimiento de enfrente, y agarrados á la Biblia, mujer el *Coral* de Lutero con tanta gravedad como el bajo de *Los hugonotes*.»

Esto es exactísimo y podrían corroborarlo los cuantos misioneros han vuelto de China. Los diplomáticos lo aseguran unánimes.

El chino vividor se bautiza si le tiene cuenta, si halla un padrino rico; y cuántas veces le sucede esto donde nadie se lo pueda impedir, vuelve á bautizarse y á casarse y á lo que le diga quien desee prosélitos, sea católico, protestante ó cismático. Después el chino se vuelve á su casa y es el que fué desde que tuvo uso de razón. ¡Hay alguno realmente despreocupado por el trato con europeos ó por lo que fuere! Pues no creará en su religión, pero tampoco en las otras. No pidáis más al chino, porque no puede darlo.

## La máquina de coser

Todo se había empeñado ó vendido. En aquella pobre casa no quedaban más que las canas de don Juan y de su hija Marta. Algunas sillas tan desvencijadas que nadie las había comprado; una mesita, roja por cierto, y la máquina de coser.

Eso sí, una hermosa máquina que el padre de Marta había regalado á su hija en los tiempos bonancibles de la familia. Pero aquella máquina era el arma de combate de las dos pobres mujeres en la terrible lucha por la existencia que sostenían con un valor y una energía heroicos; era como la tabla en el naufragio; de todo se habían desprendido; nada les quedaba que empeñar; pero la máquina, limpia, brillante, adornaba aquel cuarto, para ellas, como el más lujoso de sus ajueres.

Cuando quedó viuda don Juan, comenzó á dedicarse al trabajo; costó, y costó con su hijo, sin descanso, sin desalentarse jamás; pero aquel trabajo era poco productivo: cada semana había que vender algún mueble, alguna prenda de ropa.

La madre y la hija eran la admiración de las vecinas. En su pobre guardilla parecía haberse descubierto el movimiento perpetuo, porque á ninguna hora dejaba de oírse el zumbido monótono de la máquina de coser.

Don Bruno, que ocupaba el piano en un café y volvía á casa á las dos de la mañana, al pasar por la puerta de la guardilla de Marta veía siempre la luz y oía el ruido de la máquina: lo mismo contaba Mariano, que era acomodador del teatro de Apolo; y Pepita la lavandera, una moza por cierto guapísima, decía que en verano, como el sol bañaba su cuarto y el calor era insostenible á mediodía, se levantaba á las tres á planchar para aprovechar el fresco de la mañana, y siempre sentía que sus vecinas estaban con ella.

¿A qué hora dormían aquellas pobres mujeres? Ni ellas lo sabían. Cuando una se sentía rendida se echaba vestida sobre la cama, y mientras, la otra seguía en el trabajo.

Pero al fin llegó un día en que fué preciso desprenderse de aquella fiel amiga: el casero pedía tres meses, y don Juan no tenía ni para pagar uno; era el verano, y las señoras que podían pagarla no se hallaban en Madrid. Estaban unas en Biarritz, otras en San Sebastián, otras en el Sardinero de Santander, y el administrador se mostraba inflexible. No había medio; empeñar la máquina, ó salir con ella á pedir limosna en nitad de la calle.

Cuando Marta vio que Pablo, el portero, cargaba con aquel mueble, esperanza y compañía de su juventud, sintió como si fuera á ver expirar una persona de su familia.

Salíó el portero; Marta volvió los ojos al lugar que había ocupado la máquina; miró el polvo en el piso dibujando la base de la pequeña cómoda, y le pareció como si se hubiera quedado huérfana en aquel momento. Todo lo prevenir apareció ante sus ojos.

Pañ y habitación para un mes. ¿Y luego?... Se cubrió la cabeza, se arrojó sobre su cama y comenzó á llorar silenciosamente; y como les pasa á los niños, se quedó dormida.

Muchos meses después, una mañana, al sentarse á la mesa para almorzar el general Cáceres, recibió una carta, que en una preciosa bandeja de plata le presentó su camarista.

El general la abrió, y á medida que iba leyéndola se acentuaba una sonrisa en sus labios que vino á terminar casi en una carcajada.

—Son conferencias curiosas las de mi hermana —le dijo á sus invitados:—ni al demonio se le ocurre encargar á un soldado viejo y solterón la compra de una máquina de coser.

—¿La marquesa va á dedicarse á la costura?—preguntó sonriendo uno de los amigos.

—Bien está ella para eso, que ya ni ve—dijo el general;—pero quiere regalar una máquina á una chica muy trabajadora de Segovia, y que yo se la busque. Esta Susana un día inventa un nuevo toque de ordenanza; ¡plamada de pobres y ranchos!... ¡zapata! Di á Pedrosa que venga enseñada.

Zapata era el camarista y Pedrosa el mayordomo, y los dos sabían que el general tenía el genio más dulce de la tierra, con tal de que no le contradijeran y que le sirviesen al pensamiento.

Los otros criados comenzaron á servir el almuerzo, y pocos momentos después se presentó Pedrosa.

—Oiga usted—dijo el general al verle—vea usted esta carta de mi hermana: que se le compre en los lotes del Monte de Piedad una máquina de coser; ya usted á comprarla en seguida.

—Mi general, no sé si habrá hoy un lote de máquina.

—Yo no entiendo de eso. Va usted por ese chisme para enviarlo á la marquesa. Que esté listo para todo servicio; ¿entiende usted de máquinas?

—Sí, mi general.

—Pues en marcha.

Aún tomaban café cuando volvió Pedrosa, sudando y rojo de fatiga.

—Ahí está ya la máquina.

—Bien: arréglaela usted para que pueda ir esta tarde por el tren; pero no, tráigala usted aquí; quiero ver cómo es una de esas máquinas, que no las conozco.

—Pero, mi general—dijo uno de los convidados—¿querrá usted hacernos creer que nunca ha tenido que ver con una modista?

—Sí que he tenido, y con varias; pero doy á ustedes mi palabra de honor, como militar, que si han tenido máquina de coser, era el aparato que menos funcionaba durante mi visita.

Entraron la máquina al comedor; rodearonla todos, y cada uno de ellos daba su opinión sobre ruedas y palancas, y querían moverla de un modo y de otro, todo con la más perfecta ignorancia.

—Está bien cuidada—dijo el general;—se conoce que trabajaba la mujer que la mandó empeñar... ¡Pobre mujer! Quizá le costó un sacrificio desprenderse de ese mueble, obligada por la necesidad.

—O quizá le sopló la fortuna y no quiso trabajar más—replicó uno de los conmensales.

—Ductor—le dijo el general—nadie empeña cuando sepa la fortuna. A go daría yo por saber de quién era esta máquina.

—¿Y para qué?

—Toma, ¿y para qué? Para devolvérsela; que si no la ha desempeñado y ha dejado venderla, será porque no tiene todavía; yo compraría otra para mi hermana. Si ella regala una máquina, ¿por qué no he de regalar yo otra?

Pedrosa, que ya sabía que cuando el general inventaba algo lo había de llevar adelante, se apresuró á decir:

—Si mi general quiere, por los papeles que dan en el Monte de Piedad puedo yo saber quién era la dueña.

—Pues en seguida toma usted un mozo de cuerda, y va usted con la máquina hasta entregarla á la pobre mujer que la empeñó.

—Mi general, ¿y si me preguntan de parte de quién voy?

—Bueno: diga usted que de parte de un caballero, de parte de una señora; invente usted un cuento; en fin, lo que á usted se le anteje; no más que no suene mi nombre para nada.

Pedrosa salió apresuradamente, y todos volvieron á tomar sus respectivas tazas de café.

En un alegre piso primero de la calle del Barquillo había habido un almuerzo animadísimo: era la casa de Celeste, nombre de guerra de la hermosa propietaria de aquel nido de amores. Dos ó tres amigas suyas y otros tantos amigos del joven marqués, que cubría los gastos de aquella casa.

La sobremesa se había prolongado; sonaban carcajadas y ruido de copas, y la madre de Celeste entraba y salía disponiéndolo todo, que aunque nunca había tenido grandeza, había servido en casas en donde la grandeza era el estado normal.

Repentinamente sonó la campanilla; alguien llamaba en la escalera. Crujó la puerta, y pocos momentos después entró la doncella, que era una francesa con humos de gitana, y dirigiéndose á Celeste, le dijo:

—Señora, un hombre que trae regalada una máquina de coser para la señora.

—¿Para mí?—dijo con gran admiración Celeste.—Se habrán equivocado de cuarto.

—Ya se lo dijo; pero insiste en que es para la señora.

—¿Vaya una cosa curiosa! A ver esa máquina; que la traigan aquí.

La doncella salió, y los chistes más picantes se cruzaron entre los convidados, á propósito de aquel regalo. La madre de Celeste, al lado de la puerta, esperaba también con curiosidad.

El mozo de cuerda entró con la máquina, la colocó en medio del comedor y se retiró inmediatamente.

Celeste se levantó sonriendo; se acercó al mueble, y repentinamente una nube de tristeza cubrió su rostro; abrió con mano trémula las puertas; y exclamó con una especie de gemido, dirigiéndose á la mujer que estaba en la puerta:—¡Madre, nuestra máquina!—Y se inclinó sobre el mueble silenciosamente.

Todos callaban, respetando aquel misterio; algunas lágrimas desprendidas de los ojos de Celeste caían sobre los acarados resortes del aparato.

—¿Quién ha traído esto?—dijo de repente.—Que entre, que me diga quién manda esto.

Pedrosa penetró en la habitación; comprendió lo que pasaba, y subyugado por el sentimiento de aquella mujer, contó todo, todo, sin ocultar ni el nombre del general.

Celeste escuchó hasta el final, y después, irguiéndose, le dijo á Pedrosa:

—Dígame usted al general que con toda el alma le agradezco este regalo; pero que no lo acepto, porque ya es tarde, muy tarde por desgracia. Lévese usted esa máquina, que no la quiero en mi casa, que no la quiero ver, porque sería para mí como un recordatorio. Que se la regalen á esa muchacha honrada, que se la regalen; que muchas veces la falta de una máquina de coser precipita á una joven en el camino del vicio. Pero no, espere usted un momento.

Celeste, como si estuviera sola, salió precipitadamente del comedor, llegó á su gabinete, abrió una preciosa gabela, y sacó de allí un carrete de hilo ya comenzado; volvió al comedor, hizo mover los resortes de la máquina, colocó allí el carrete como si fuera á trabajar, y dirigiéndose á Pedrosa, le dijo:

—Dígame que yo misma he colocado ese carrete, el último que tuvo la máquina, y que yo guardaba como un recuerdo. Ese es el regalo de la muchacha honrada para la joven de Segovia.

RIVA PALACIO

Dice *El Diario del Comercio* de Tarragona que, á instancias de varios vecinos, el arzobispo de aquella diócesis ha resuelto que los frailes carmelitas descalzos dejen de tocar durante la noche las campanas.

Ejemplo que deberían imitar todos los obispos de España, no sólo por lo que respecta á los conventos, sino á las iglesias, y no únicamente de noche, sino de día.



Los que desearan ir a misa, ó á la novena, ó á vi-peras, ó á cualquiera otra función religiosa, ya procurarían enterarse de la hora á que se celebraban. Con poner un cartel á la puerta anunciándolas, bastaba y sobraba. Además, los periódicos dedican columnas enteras a anunciar con sus peos y señales todo lo que va á hacerse durante el día en los templos. ¿Para qué más?

Con esto se ahorra grandes molestias á los sanos y tormentos atroces á los enfermos, y se aquilataría la afición de los fieles, por la prisa que se tomaran para acudir al templo.

## NI LEY NI FRENO

### PECADORES MISTICOS

Moralidad del clero de Cataluña, según un periódico católico:

«Mas ahora se nos ocurre una cosa: está el clero catalán muy desmoralizado. En Mataró hay un presbítero que tiene abierta una agencia de simonía. Del clero de Vich se cuentan cosas... Se dice que el clero de Girona y Lérida desobedece á sus respectivos obispos. En Iarragona y Solsona existe un ci-ma entre el bajo clero y el clero catedral. Del de Barcelona no hablamos. La mano de hierro del padre Morgades resulta blanda para domar. Cada canónigo es un señor con prerrogativas inviolables, cada cura párr-co una especie de señor feudal. De simonía no hablamos; todo se explota, de todo se saca jugo en las iglesias de Barcelona. Desde el aumento del precio de alquiler de las sillas en días-determinados, hasta el regío funeral.»

### UN CURA HOMICIDA

El viernes salió la joven Raimunda Sánchez de su casa en Zaragoza, con objeto de pedir algún dinero á su primo el cura don Manuel Sánchez, secretario del cabildo en la Catedral, y con el que había vivido algún tiempo, á la hora en que éste acostumbraba a decir la misa en la iglesia del Pilar.

El cura hubo de recordarle que hacía pocos días le había enviado 9 pesetas para unas botas, y que no estaba dispuesto, por lo tanto, á facilitarle cantidad alguna.

A consecuencia de esto, debieron disputar, y el cura, furioso de sí, empezó á darle puñetazos en las sienes, hasta que le ocasionó la muerte.

En seguida le pateó la cabeza con furor y arrastró el cadáver hasta la sala capitular, donde lo dejó escondido.

Como en este local se reúne el cabildo, debió temer que fuera descubierto, y lo trasladó á distintos puntos de la iglesia, hasta que, convencido de que allí era imposible ocultarlo, se decidió á enterrarlo.

Para conseguir esto llamó á un campanero con objeto de que le ayudara, y al ver que se negaba, le amenazó con suicidarse.

El campanero accedió al cura en su lúgubre tarea, pero inmediatamente dió conocimiento del hecho á las autoridades.

Suspechando el cura que el campanero iba á denunciarle, se dio á la fuga, bebiendo un vaso de agua en una casilla del terracero de circunvalación, donde preguntó por dónde se iba al monte Castellar.

La Guardia civil persigue al criminal, que se cree cerca pronto en poder de las autoridades.

Le ha bastado al clero enterarse de que á EL MOTIN le está prohibido por la suspensión de garantías moralizarse, para lanzarse sin freno por el camino de sus apetitos y pasiones.

Ahora se convencerán todos de lo necesario que es EL MOTIN á la tranquilidad de España, pues en toda ella, no sólo en Cataluña, están fuertemente desmoralizados lo que deberían darle santos ejemplos.

## EN TODAS PARTES CUECEN HABAS

Se nos echa muchas veces en cara á los republicanos que no nos entendemos, y es verdad, por desgracia.

Mas por si alguno de entre nosotros pretendiera reclamar la exclusión en la materia, creo que desistirá después de haber leído esto que traslado de un periódico socialista; debiendo advertir que los anarquistas no tratan á los socialistas con más animo.

### EL ANARQUISTA

De trato meloso y adúltero con el patrono, cínicoy soco con el compañero de infortunio que piensa de distinto modo, enemistado casi siempre con todo lo que signifique dignidad y alteza de miras, le venos constantemente verter su baba asquerosa pretendiendo manchar la honra de todos los que con su esfuerzo contribuyen á la difusión de nuestros ideales redentores.

Si tienes tiempo sobrado, conversas con él. Os hablará de progreso, cuando es su mayor enemigo. Os dirá que la emancipación humana se impone, cuando con sus hechos la hace gran daño. Todo en él es incoherente. ¿Discutir con él? Es imposible, pues perderéis inútilmente el tiempo; os cansará, os volverá locos, no por la lógica de sus razonamientos, sino por la vaguedad de sus afirmaciones. Si por casualidad lográis concretar la discusión á un punto, y se ve aprisionado, le faltará tiempo para dar un rodeo que, apartándose del asunto que discutís, os hará perder hasta la paciencia. Imposible encauzar la discusión.

Hay quien dice que los dirigen manos ocultas, y, sin que yo sostenga esto (por no tener hoy por hoy datos que lo justifiquen), ellos mismos demuestran con su conducta la veracidad de la acusación.

Construyéndonos á Vizcaya, vemos á unos traidores en una huelga la causa del trabajo; otros se llevan los libros de una sociedad de resistencia recientemente constituida. Enemigos irreconciliables del sufragio, se ofrecen al burgués para romper las urnas si las cosas vienen mal dadas. Publican hojas excitando al cuerpo electoral á la abstención, y luego van descaradamente á recibir la remuneración de su labor á casa del candidato burgués. Aborrecen las religiones, y se les ve asistir á las procesiones con cirios, confundidos con la beatería. De nada de esto se les puede culpar, porque lo hacen en uso de la autonomía individual que tanto preconizan.

Si en el oficio á que os dedicáis hay, por desgracia, un aspecto, no contéis con él para organizar la sociedad, cuando no esté organizada, porque no os ayudará; pero cuando á fuerza de constancia hayáis conseguido constituir una asociación fuerte y poderosa, ya le tendréis á él so-

licitando el ingreso, y, una vez admitido, ya le veréis trabajando de un modo rastroso para de rumbiar la obra que habéis llevado á cabo.

Para el anarquista no hay capital que combatir, no hay burguesía con quien luchar; todo su afán lo cifra en contrarrestar la propaganda de los socialistas «adormideras».

Y si tendemos la vista por toda España, observaremos el mismo fenómeno que aquí. En todas partes la misma tarea de difamación, de calumnia, contra los hombres más significados del partido socialista, sin que ni una sola vez vean buena le en el proceder de ninguno de esos hombres.

¿Y estos anarquistas, rémoras de todo progreso, son los llamados á implantar el régimen del amor y de la armonía?... Por fortuna, la clase obrera consciente los conoce de sobra, y las alharacas de esos histéricos degenerados no conseguirán otro objeto que agitarse en el vacío como hasta ahora han venido haciendo.

H. V. ZABALA

Hace días fué encontrado debajo de un banco en una iglesia de Barcelona un saco de monedas falsas.

Esto me trae á la memoria que en otros tiempos se descubrieron fábricas de moneda falsa en las iglesias.

Y no estaba mal elegido el sitio. Aparte de que hay en ellas grandes bóvedas que apagan los ruidos, con unas tocatas en el órgano y un campaneo en el momento oportuno, nadie oía nada.

No eran lerdos, no, los frailes y curas de otras épocas.

## ¿Dónde está la caridad?

Allá en Alsásua, dice *El Porvenir Navarro*, existe un infeliz muchacho á quien la Naturaleza le ha privado de constitución perfecta haciéndole cojo y casi tullido. No tiene amparo alguno por más que tiene familia. Pide limosna en la estación del ferrocarril, implorándola de los viajeros aproximándose á los trenes.

El dinero que recoge, se ve obligado, bajo amenazas brutales, á llevarlo á su familia. Cuando llega á su casa con algún dinero, por premio lo dejan meterse en una cuadra y dormir sobre el estiércol ó donde pueda, al lado de las bestias; y cuando al infeliz la caridad pública no le ha provisto de unos cuartos, después de maltratarlo lo echan al arroyo, esto es, lo dejan en la calle donde pasa la noche á la intemperie: menos mal que ahora las noches son templadas, pero ha pasado las eras del frío invierno, siendo milagro el que una mañana no haya aparecido helado ó devorado por los lobos.

El desgraciado casi está desnudo: por toda ropa tiene unos miserables andrajos que apenas pueden cubrir sus carnes; lleva descalzos sus pies torcidos; va arrastrándose por el suelo porque sus débiles piernas no pueden soportar el peso del cuerpo; y así pasa los días y los meses yendo del pueblo á la estación y de la estación al pueblo implorando la caridad pública.

Hace unos ocho meses, al pasar por aquella estación unas señoras, se fijaron en el desventurado, admirándose de que ni el párroco, ni las autoridades, ni los vecinos católicos hicieran nada por él, y á los pocos días remitieron al padre de almas en paquete facturado, un traje, y en uno de los bolsillos diez pesetas, diciéndole en una carta sin firma, que éstas eran para que después de arreglado el traje á la medida, se le hiciera un carrito ó plataforma de madera con unas ruedas, para que sobre él fuera sentado, y dando impulso con unos tarugos á las ruedas pudiera ir donde quisiera sin necesidad de arrastrar su cuerpo por el suelo, encargando también envolvieran los pies del pobre con unas bayetas.

El traje llegó á poder del pobre sin arreglar, por lo que no puede usarlo, pero las pesetas, no. Y por esto, *El Porvenir* ha recomendado á sus amigos de Alsásua que por suscripción las reúnan, para que puedan cumplirse los fines de aquellas caritativas señoras, ya que el párroco, á pesar de ser muy rico, ni le arregla el traje ni le ha dado las diez pesetas, ni por su cuenta le hace el carrito.

Si sospechara yo que la intención de *El Porvenir* era la de dejar en descubierto al virtuoso párroco, y demostrar que los impios son más caritativos que los sacerdotes, me guardaría muy bien de aplaudirle, por su iniciativa, como de todas veras lo hago.

## Función de desagravio

El día 15 de Julio fué robada la iglesia de San Vicente de Sodupe, llevándose los aficionados, además de otros objetos de escaso valor, el copón con ochenta formas consagradas, horadando para ello el muro de la sacristía. Y llegando su cinismo, dice un colega piadoso, hasta el extremo de regar por el suelo los Santos Óleos y beberse una botella de vino blanco que el señor cura guardaba allí para celebrar.»

Nunca he comprendido por qué los ladrones sacrilegos pierden el tiempo, que tan necesario les es para escapar con los objetos de valor que apandan, en desparramar por el suelo los Óleos y las Sagradas Formas, sabiendo que esto, no sólo agravará su pena, si los trinan, sino que es lo que más saca de quicio á los fieles. Pero, en fin, allá ellos.

El pueblo, como era natural, se puso hecho una furia, y ya que Dios no había permitido que los ladrones se quedasen mancos al profanar el Sagrario, acordó celebrar una función de desagravio solemnísimas, y que constituyese á los ojos de Dios una protesta unánime y grandiosa. A ella fueron invitados todos los pueblos del contorno.

Todo es para mí dudas en estas santas cuestiones. Dios permitió, esto es indudable, el que fuese profanado el templo; si él no lo hubiera permitido, los ladrones no se habrían salido con la suya. Y ahora unos débiles mofados, todo lo católicos que se quiera, pero sin pizca de sentido común, suponen que Dios está agraviado por aquello mismo que consintió, y que se desagraviará en cuanto ellos levanten un arco, esparzan por el suelo

unas florecitas, y canten nnos motetes al son de las piecietas de una escogida orquesta. Porque todo eso va á ocurrir, ó ha ocurrido ya, según de este párrafo de *El Noticiero Bilbaino* se desprende:

«Dicho día se celebró una gran solemnidad, y por la tarde lo que constituyó esta principal: la procesión de desagravio. Consistió en dar una vuelta completa por el exterior de la iglesia, deteniéndose en varios altares, uno de ellos levantado en el sitio mismo por donde los ladrones sacaron villanamente á Jesús Sacramentado. «Si, junto aquel boquete por donde tan ultrajado saliste, el pueblo de Sodupe te bendecirá, Divino Señor, te enalzará y te proclamará lo que eres: el Dios de todo lo creado.»

Para que la fiesta revista el esplendor que el caso requiere, los sodepenses levantarán un bonito arco, llenarán la carrera de banderas y gallardetes, tapizarán el suelo de flores y rivalizarán todos en el adorno de los altares en que se harán las visitas y ante los que una escogida orquesta y varias voces entonarán á su Divina Majestad delicados motetes.

Véase por lo que antecede cómo el pueblo de Sodupe se prepara á desagraviar á su Señor, á la vez que á demostrar á la faz del mundo su acendrado catolicismo y su entusiasmo por la gloria de Dios.»

Nada de esto me parece mal, aun cuando no se me alcance por qué no se gastan esos cuartos que van á emplear en divertirse, en hacer averiguaciones acerca del paradero de los picares ladrones.

Pero lo que me parece bien, lo que se llama muy bien, es lo de demostrar á la faz del mundo su catolicismo. Precisamente hace dos ó tres meses que vengo recibiendo casi á diario cartas de todos los puntos del globo, preguntándome: «¿Qué sabe usted del acendrado catolicismo de los vecinos de Sodupe?» «¿Por qué los vecinos de Sodupe no demuestran su entusiasmo por la gloria de Dios?» «¿Qué va á ser de la humanidad si los vecinos de Sodupe siguen callando?» «¿Sospechamos que va á hacer este verano un calor tremendo si no llegan pronto al cielo noticias de cómo anda la le en Sodupe.» Y otras preguntas por el estilo.

Afortunadamente puedo contestar á esas preguntas en esta forma: «Los vecinos de Sodupe continúan tan entusiasmados y tan acendrados.» Con lo cual el mundo fincará en adelante satisfacción y yo continuaré tranquilo.

## PENSAMIENTOS DE LA ROCHEFOUCAULD

No hay accidente, por desgraciado que sea, de que una persona de talento no pueda sacar provecho, ni tan dichoso que una persona imprudente no pueda tornar en daño suyo.

Elogiar de corazón una acción buena es, en cierto modo, participar de ella.

Alabar en los poderosos virtudes que no tienen, es injuriarlos impunemente.

Los hombres son como las estatuas; es necesario verlas en su lugar.

La mayor parte de los hombres tienen como las plantas, cualidades ocultas, que sólo la casualidad suele descubrir.

Los hombres han nacido los unos para los otros: es necesario, pues, instruirlos ó aguantarlos.

Fastidiase el hombre de lo bueno, busca lo mejor, halla lo malo, y se somete á ello por miedo de dar con lo peor.

El amor propio es el amor á sí mismo y de todo lo que no es relativo. Hace á los hombres idólatras de ellos mismos, y los convertiría en tiranos de los demás si la fortuna les proporcionara medios para ello.

El mejor medio de ser engañado es creerse más astuto que los demás.

La ilusión del avaro estriba en considerar el oro como un bien, cuando no es más que el medio para proporcionárselo.

Más materia proporciona en una conversación la confianza, que el talento.

El deseo de ser compadecido ó admirado, forma con frecuencia la mayor parte de nuestra confianza.

No hay cosa que se dé con más liberalidad que los consejos.

No hay personas que tengan más faltas que las que no pueden sufrirlas en otros.

Defender ó negar nuestros defectos cuando se nos reprenden, es aumentarlos.

Pocas cosas desearíamos con ardor si conociéramos perfectamente lo que deseamos.

Una buena fortuna necesita más virtudes para sostenerse que una mala.

La gloria de los grandes hombres debe medirse siempre por los medios que han empleado en adquirirla.

La hipocresía es un homenaje que rinde el vicio á la virtud.

La mucha prisa por desquitarse de una obligación, es una especie de ingratitud.

El interés habla todos los idiomas, incluso el del desinterés.

Se puede ser necio teniendo talento, pero nunca teniendo juicio.

Todos se quejan de su memoria, y ninguno de su juicio.

Nada impide tanto el ser sencillo y natural, como el deseo de parecerlo.

Es más vergonzoso desconfiar de un amigo, que ser engañado por él.

No debemos mirar los favores que nos han hecho, sino el deseo que hayan tenido de hacérsenos.

## Médicos y enfermos

En un hospital:

—¿Cuántos han muerto esta noche?

—Nueve, señor doctor.

—Pues yo he recetado para diez enfermos.

—Es que el número 7 se ha negado redondamente á tomar la medicina.

—Doctor, ¿ere usted que este específico me preservará de muchas enfermedades?

—Indudablemente, señora; su eficacia es tal, que tomándole ochenta ó noventa años seguidos se puede tener la seguridad de conseguir alargar la vida hasta llegar á viejo.

Un médico de marina curaba todas las enfermedades con agua del mar.

En un temporal el doctor fué arrebatado por las olas.

Un marinero que le vió caer, gritó:

—¡Mi comandante, el médico se ha caído en el botiquín!

—Doctor, ¿con qué se me quitarían estos calambres?

—¡Vaya! ¡Pues no es usted poco amigo de saber!

Una mujer de un médico decía en una tertulia: —¡Jesús... sueño todas las noches con muertos!

—¡Es claro!, repuso uno que le escuchaba; ¡se le aparecen los muertos de su marido!

El médico y el enfermo:

—¿Cómo se encuentra usted?

—Mucho mejor; tengo más apetito y duermo bien.

El médico distraído.

—Voy á ponerle á usted una receta que le quitará todas esas cosas.

Un médico hablaba con el director de un hospital:

—Si todos los médicos—dice éste—fueran como usted, lo mejor sería suprimir el hospital.

—¡Oh!—se apresura el médico á interrumpir con aire de modestia.—Y construir un segundo cementerio.

En el momento de dar á luz una señora, dice el médico al marido:

—El caso es muy grave y hay que elegir entre la madre y la criatura.

—Doctor—contesta el esposo,—ya sabe usted que yo tengo gran predilección por los niños.

El doctor X acaba de cortar las dos piernas á uno de sus clientes.

Después de algunas palabras de consuelo, añade el médico:

—Eso no será nada. Dentro de quince días estará usted en pie.

El doctor R..., se entretiene en escribir versos.

—¿Con qué también es usted poeta?—le preguntó uno de sus clientes.

—No, señor; escribo versos por matar el tiempo.

—¿Pero no le basta á usted con nosotros?

A la cabecera de un enfermo:

—¿Quién le ha visitado á usted hasta ahora?

—El doctor Michigánez.

—¡Imposible!

—¿Cómo imposible! ¿Si lo sabré yo?

—Si le hubiera visitado á usted ese hombre, ya haría seis meses que estaría usted en el *Este*.

La mujer de un chusco cayó gravemente enferma, y éste llamó á un médico, y le dijo:

—Doctor, asista usted á la enferma, que ya la mate ó la cure, le daré á usted treinta duros.

—Acepto el trato, contestó el doctor, poniéndose á la cabecera.

Sucedió que la mujer pasó á mejor vida, y el médico reclamó los treinta duros al viudo.

—¿Ha matado usted á mi mujer?, le preguntó éste.

—No, hombre; ¡qué barbaridad!, contestó aquél.

—¿La ha salvado usted?

—¡Tampoco.

—Pues, doctor, las condiciones del trato fueron esas, y usted confiesa no haber hecho ni una cosa ni otra; por consiguiente, no le debo nada.

—¿Conoce usted algún medio de disminuir el número de médicos que salen cada año de las universidades?

—Si, uno hay; poner en cada pueblo dos médicos y obligarles á que se curen recíprocamente.

## BIEN DICHO

A Julio Burell, que tanto trabajó por la venida de Silvela, le han dado por fin un gobierno de tercera clase, habiendo ocupado antes uno de segunda.

Con este motivo algunos periodistas á quienes encanta la pluma de Burell, han zurrado al gobierno por el poco aprecio en que la tiene; y Castrovido, que tiene un cerebro muy limpio, ha dicho:

«Es triste que Julio Burell, aficionado al lujo, á la elegancia, á los refinamientos de la vida y pobre por su casa, haya tenido que vender por platos de lentejas su porvenir de hombre público, su carrera periodística, y aún, en cierto modo, su respetabilidad de escritor.

Yo siento mucho que Rafael Gasset, que vale como periodista menos que Burell, haya tenido que socorrerle con un gobierno de provincia. Y lamento también que las prosaicas necesidades del estómago y las exigencias de una imaginación exuberante y de una naturaleza exquisitamente viciosa haya hecho recurrir á Burell toda la lira de la inconsecuencia. Se presentó delegado por no sé dónde en la A-ambalea que el partido federal celebró en Madrid el año 81, y en el teatro del Rastro, que es donde la A-ambalea se celebró, maravilló á todos por su talento y elocuencia. Dijo por un plato de lentejas, de ser federal y brilló en la tribuna del Ateneo, y monárquico, aunque siempre liberal y democrata. Deseaba un plato de lentejas en aquel *Progreso* que dirigió Solís é inspiró Martos, y en el cual se tendió á secar toda la ropa sucia del palacio de Oriente. Sentóse luego á comer platos colmados de lentejas en el fusionismo sagastino. R. ganó con Sagasta y le llamó *Hércules de Jera* porque no le sacó segunda vez diputado; es decir, porque no pudo volver á comer lentejas en el *hufi* del Congreso; y luego pasó á comer su plato favorito en la Huerta al servicio de Cánovas. Murió éste y tornó á aderezar democráticamente

las lentejas en la cocina de Canalejas; quiso probarlas con salsa Polavieja, y quedó pobre y medio olvidado; y para que no coma de veras lo que Esaú cambió por su primogenitura, le sirve Gasset el gobierno de Jaén.

Triste es todo esto; pero no lloremos tanto esas penas, que nos olvidemos de los fuertes, de los dignos, de los que, por no venderse, no comen ni lentejas.

No gastemos toda nuestra sensibilidad con los pecadores aficionados á las lentejas; guardemos un poco de compasión y un mucho de respeto para maestros como Alfredo Calderón y Antonio Sánchez Pérez, pobres por ser consecuentes, por no querer altas cátedras, dietas de jueces de oposiciones ó de académicos, gobiernos civiles á cambio de la libertad de su pensamiento ó de la honrada sinceridad de su pluma.»

En todos los tiempos los malos han tenido más autoridad que los buenos; se les obedece, se les adula, porque se les teme y no se atreve nadie á oponerse á su voluntad. Si no se cree en ellos, la más que se hace es no decir nada. Lo protesta mayor que se permiten los buenos respecto de los malos, es el silencio.

## MEDITEMOS

En la Memoria General, presentada este año por el coronel don Felix de la Puente, jefe de la policía judicial de Madrid, encontramos estos dos párrafos:

En 20 de Abril del año 1897, el señor ministro de Gracia y Justicia, por comunicación recibida del de Estado, y éste por nota reservada del Embajador de Italia, encarecía la necesidad de proceder á la busca de un subdito italiano, llamado *Pietro Baldetti*, anarquista de los más peligrosos por su inteligencia, el cual, provisto de una recomendación del cardenal Vambutelli á quien engañó fingiéndose arrepentido y deseo de ingresar en una orden religiosa, partió para España é ingresó en el convento de los *Fate bene fratelli*, desconocida por este nombre.

De acuerdo con el señor presidente de la Audiencia, encargó este servicio al agente señor Blay, el cual inmediatamente partió para Barcelona; y sin que nadie le conociera, sin dar cuenta á nadie de su misión, valiéndose de los medios que le sugirió su celo, visitó todos los conventos de la citada Orden, descubriendo la pista del Baldetti en San Baudilio, de donde había salido para Sevilla, por lo que regresó á Madrid, y pocos días después, siguiendo sus investigaciones, lo encontró en el manicomio de Ciempozuelos, donde pasaba su noviciado, y en cumplimiento de las órdenes recibidas fué capturado por el subyefe y agente señor Blay y puesto á disposición del gobierno el 17 de Mayo del propio año.

Esto es muy significativo. Mediten sobre ello mis lectores, y relacionenlo con ciertos crímenes que se cometen.

El manicomio de Ciempozuelos está á cargo del P. Menni.

Cuando los vicios nos abandonan, solemos pensar que los abandonamos nosotros.

El medio más rápido y seguro para hacernos cometer toda clase de tonterías, es persuadirnos de que tenemos talento.

## NUEVA EDICIÓN

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

MR. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS.

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de EL MOTIN, 15.

## Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MONTE, por «El Motin». Con láminas.

LA IMPERIALIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Strommayer.

JUANA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.

MONÍA SECRETA, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.

¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CR